



Atentado en Casablanca.

EFE

Los libros y revistas del imán Qutada se financiaban con dinero recolectado entre musulmanes de Lavapiés

para la Predicación y el Combate o el Grupo Islámico Combatiente Marroquí.

Los santos lugares "perdidos"

Los *muyahidín* formados en los campos de entrenamiento de Afganistán regresaron a Europa con la misión de atacar y la red de redes se extendió lenta y silenciosamente. Qutada y otros imanes radicales propagaron el mismo mensaje: la liberación de Afganistán era sólo la primera victoria. La nueva tarea era una *yihad* planetaria para liberar los santos lugares "perdidos", como Andalucía, Palestina, Líbano, Somalia, Chad, Eritrea, Birmania, Filipinas o Yemen.

Los libros y revistas del imán Qutada, el hombre de Bin Laden en Europa, se financiaban entonces con dinero recolectado en bares y comercios musulmanes de Lavapiés. Abu Dahdah, el jefe de la célula española, Azizi y otros islamistas de la red española le visitaban en su casa de Londres. Todos estaban siendo investigados por el juez Garzón en una larga instrucción judicial iniciada en 1995 tras los pasos del pelirrojo Setmarián, con decenas de teléfonos intervenidos y vigilancias intermitentes por parte de agentes de la UCIE que dirigía el comisario Mariano Rayón. Un grupo cuyas reiteradas peticiones de refuerzo nunca fueron atendidas. Sólo había 15 hombres en el servicio de vigilancia para controlar a más de 200 sospechosos. "A veces no sabíamos nada de ellos durante semanas", dice uno de ellos.

La UCIE no tenía especialistas en las comisarías de provincias y muchos de sus policías atendían a tareas burocráticas. "Salvo al juez y al fiscal, muy interesados en la investigación, a nadie le importaba nuestro trabajo. Jamás se celebró en el Ministerio del Interior una reunión sobre la amenaza islamista. Ni antes ni después del 11-S", critica un antiguo jefe de la unidad.

Cuando la BKA alemana descubrió que Atta y los otros protagonistas del 11-S habían organizado el ataque desde el apartamento en el que residían, en el 54 de la calle Marienstrasse, en un barrio de Hamburgo de clase media, los servicios policiales europeos descubrieron que la infiltración de los islamistas en Europa era mayor de lo que creían.

España era en 2001 uno de los países más penetrados por las células durmientes, la fiscalía de Milán lo acababa de definir en un informe como "el anillo final" del salafismo, y prueba de ello es que el egipcio Atta y el yemení Ramzi Binalshibh, coordinador del 11-S, eligieron Tarragona para reunirse en secreto semanas antes del atentado. Atta permaneció en la costa española desde el 8 hasta el 19 de julio y allí comunicó a Binalshibh los detalles finales del ataque y los objetivos, según ha confesado este último. Dejaron su rastro en hoteles, bancos y agencias de viaje de Salou, Cambrils y Tarragona, pero todavía es un misterio el lugar donde se reunieron y quiénes les dieron apoyo.

Binalshibh, que utilizaba un pasaporte robado en Barcelona para recibir dinero desde Emiratos Árabes Unidos, volvió a Madrid el 5 de septiembre y se alojó en un hotel de la calle de Carretas. El día 7 voló hacia Atenas con destino a Pakistán, adonde llegó poco antes del 11-S. El único hombre en Europa que conocía todos los detalles del atentado contra las Torres Gemelas se paseó por el centro de Madrid horas antes y obtuvo un carné de



Imad Eddin Barakat.



Sharhane Ben Albelmajid.



Mustafá Setmarián.

estudiante para conseguir una rebaja en su billete. ¿Quién prestó ayuda a este joven de rostro inocente y aspecto desaliñado? Al Qaeda utilizó su base más segura en Europa para rematar el 11-S, un plan diseñado por el kuwaití Khalid Sheikh Mohamed a finales de los noventa y expuesto a Bin Laden en Afganistán.

En el apartamento de Hamburgo, los agentes alemanes descubrieron tras el 11-S el nombre, la dirección y el teléfono en Madrid de Abu Dahdah, el jefe de la célula española que investigaba Garzón. El sirio y los suicidas del 11-S tenían amigos comunes, pero no se ha demostrado que les prestara ayuda. Este y otros datos inquietantes provocaron la reacción de

la policía española, que en noviembre de 2001 detuvo a casi todos los miembros de su célula. El traductor y ex *muyahidín* Azizi huyó, pero Sarhane, *El Tunecino*, y otros muchos que no fueron detenidos por falta de pruebas recompusieron la célula y establecieron enlaces en Francia, Bélgica e Italia. Crearon un grupo cada vez más resentido y determinado hacia la *yihad*. Casi todos eran miembros de la secta Takfir Wal Hijra, los islamistas más duros y clandestinos.

La cumbre de Atta en España no fue un hecho aislado. El 11 de abril de 2002, siete meses después del 11-S, un suicida al volante de un camión cargado de explosivos se lanzó contra una sinagoga en Yerba (Túnez) y asesinó a 21 turistas alemanes y franceses. El vehículo se compró con dinero adelantado supuestamente por Enrique Cerdá, un empresario valenciano al que su socio paquistaní le pidió que entregara 5.720 euros a Walid, el hermano del suicida. El cerebro de este ataque fue el kuwaití Khalid, el mismo del 11-S. De nuevo la red española se puso al servicio de Al Qaeda.

La transformación de Al Qaeda

En el otoño de 2001, tras la invasión norteamericana en Afganistán, Al Qaeda quedó rota y debilitada. Khalid, Binalshibh y otros de sus dirigentes fueron detenidos en Pakistán, y acabaron en Guantánamo (Cuba), y a partir de entonces se produjo la transformación de Al Qaeda: de organización militar a ideológica. Una ideología en la que se inspiraron células locales de todo el mundo. Como la creada por Sarhane, *El Tunecino*, que, fascinado por el 11-S y alimentado por el odio a España a causa del apoyo del Gobierno Aznar a la invasión de Irak, alentó a los suyos hacia la *yihad*, según señala el auto del juez Juan del Olmo. Una palabra que desde junio de 2002 pronunciaba a sus íntimos Allekema Lamari, de 39 años, un salafista argelino del GIA excarcelado en esa fecha por error. "Los españoles pagarán muy cara mi detención. Ves eso, pues se puede hacer eso y mucho más", confesó a un amigo cuando veían en televisión el atentado contra una discoteca en Bali. Los descarrilamientos a trenes y los incendios eran su obsesión, según notas confidenciales que el CNI elaboró sobre este argelino, virgen, introvertido y solitario, meses antes del 11-M.

Desde el inicio de la guerra de Irak, y sobre todo tras el atentado de Casablanca, en la primavera de 2003, el CNI, la policía y la Guardia Civil enviaron al Gobierno numerosas evaluaciones de amenaza en las que se anunciaba que España podía ser objeto de un atentado. "Nadie nos podrá echar en cara que no avisamos", espetó un cargo policial. Se olía tanto a *yihad* que, en enero 2004, el CNI incluyó la amenaza islamista en sus prioridades de trabajo. Pero ya era tarde y la raquíca estructura policial, menos de 150 agentes, no se enteró de que el 11-M se gestaba ante sus narices.



Soldados de EE UU, en Mosul (Irak).

EFE

Al Yazira, el mensajero

La cadena catari cuenta los sufrimientos de los pueblos árabes

JAVIER VALENZUELA

La globalización ya no implica americanización. O al menos, no en materia de contenidos para Internet, cine y televisión. "Cada vez menos gente en el mundo está comprando la narrativa norteamericana", señalaron alarmados el periodista Nathan Gardels y el cineasta Mike Medavoy, ambos estadounidenses, en un artículo conjunto del pasado junio. Lo atribuían a la galopante pérdida de prestigio político y moral —el *soft power* o poder blando teorizado por Joseph Nye— de Estados Unidos en Europa, América Latina, Asia y el mundo árabe y musulmán. Una caída derivada de la reacción torpe y belicista de Bush al 11-S.

1991. Al Yazira ha dado voz e imagen al complejo mundo árabe ante sí mismo y ante el resto del planeta. Aún más, está siendo clave en la formación de una opinión pública árabe unificada desde Casablanca hasta el Golfo. El paisaje de las ciudades árabes no se limita hoy a los minaretes de las mezquitas, sino que incluye las antenas parabólicas que florecen como hongos en casi todos los techos y balcones.

En 2003, en plena guerra de Irak, el corresponsal de Al Yazira en El Cairo me comentó: "¿Se imagina usted cómo se sentirían los españoles si vieran en la televisión cómo Bush bombardea La Habana para deshacerse de Fidel Castro? Pues así se sienten los árabes cuando ven las llamas alzarse



Al Yazira informa sobre Al Qaeda.

Bollywood —la industria cinematográfica india— y Al Yazira —la cadena árabe de información por satélite— son dos ejemplos paradigmáticos del nuevo fenómeno de globalización mediática no estadounidense. Nacida en 1996, Al Yazira, que emite en la lengua del Corán desde el emirato de Qatar, se dio a conocer internacionalmente en 2001 al difundir los vídeos de Bin Laden y convertirse en la única televisión que también cubrió la guerra de Afganistán desde el territorio de los talibanes. Desde entonces, su propietario —el emir de Qatar— y el equipo profesional de la cadena —periodistas formados en el servicio árabe de la BBC— han resistido a las presiones de EE UU para que se autocensuren.

La guerra de Irak de 2003 corroboró que CNN ya no tiene el monopolio televisivo de la información internacional en vivo y en directo del que disfrutó en la guerra del Golfo de

hacia el cielo de Bagdad". Lo grave es que las cosas han ido a peor en los últimos tres años.

Estos días, los telediarios de Al Yazira suelen abrir con imágenes de soldados norteamericanos deteniendo a iraquíes y de soldados israelíes haciendo lo mismo con palestinos y libaneses. Con procedimientos semejantes: al detenido se le tumba en el suelo, se le vendan los ojos y se le atan las manos a la espalda, mientras un grupo de excitados soldados extranjeros mantiene a raya a sus familiares con fusiles de asalto. Y esto en el mejor de los casos, porque las aperturas con niños y mujeres iraquíes, palestinos y libaneses muertos en bombardeos son también el pan nuestro de cada día.

Terreno abonado, sin duda, para la narrativa de Al Qaeda acerca de una cruzada israelo-norteamericana contra el islam. Pero de esto no tiene la culpa el mensajero.